

AINHOA GARDACHAR MARRERO

persiguiendo
ballenas

SIREN  BOOKS

AINHOA GARDACHAR MARRERO

persiguiendo
ballenas

SIREN  BOOKS

Primera edición: junio 2022

© de la obra: Ainhoa Gardachar Marrero, 2022

© diseño de cubierta y guardas: Marta Gil Farcha, 2022

© de la corrección: Elena Gómez Picazo y Patricia Rouco

© fotografía de autora: Mónica Romero García

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2022

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-124837-6-5

Depósito legal: M-15187-2022

IBIC: YFM, YXS, YXL

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

*A mi padre y a mi madre, que me enseñaron a nadar.
A mi abuelo, que nunca lo leyó. Sé que te habría gustado.
Y a Claudia. Ya sabes por qué.*

¿Dónde empieza el final del mar?

ALESSANDRO BARICCO

No existe un fin para el mar

SAMUEL BECKETT



Sé que voy a ahogarme.

Por mucho que intento nadar hacia la superficie, no consigo alcanzarla.

Pataleo y braceo con todas mis fuerzas. Me doy cuenta de que me estoy quedando sin opciones. Grito.

Escucho la voz lejana de alguien a quien creo conocer, pero no puedo identificarla, y también una melodía que no deja de sonar.

Cuando miro hacia arriba, el brillo del sol me ciega momentáneamente, y después la sombra de un barco me cubre. Estoy tan cerca de la superficie que, si estirase el brazo, tocaría la cresta de las olas con la punta de los dedos. Pero no me quedan fuerzas como para intentarlo.

Vuelvo a abrir la boca, no sé si para gritar otra vez o para acelerar lo que sé que está por venir. El agua salada entra en mi cuerpo como si perteneciese dentro de él. Me llena los pulmones y me quema la garganta.

Duele tanto que, al final, no duele.



Cuando era pequeño, solía soñar con ser una sirena. Los otros niños de mi clase querían ser pilotos de carreras, astronautas o capitanes de barcos pirata. Yo, sin embargo, me levantaba todas las mañanas con la esperanza de que, al mirarme en el espejo, mi reflejo no fuera una *persona*, sino algo diferente. Algo con escamas cubriéndole la cara y branquias en el cuello, algo cuyos ojos fueran los de un *pez*.

Quería que, al meterme en la bañera, las piernas se me metamorfosearan en una cola larga y brillante, como la de un pez arcoíris, y que entre los dedos me crecieran membranas y, a la espalda, una aleta dorsal.

Me encantaba el mar. No había nadie en la isla a quien le gustase más sumergirse entre las olas que a mí. Cuando no estaba en la escuela, todo el mundo sabía que me podía encontrar nadando cerca de la costa de Playa de las Arenas.

Nunca tenía suficiente, ni del agua ni de lo que vivía en ella.

Quería ser una sirena para adentrarme en las profundidades del mar y descubrir todos los secretos que albergaba, aquellos que ni los expertos habían sido capaces de desentrañar. Quería ponerle mi nombre y apellidos a una especie de pez nunca antes avistada. Quería meterme en un submarino y que mi cara apareciese en las portadas de las revistas de *National Geographic* que mi madre me regalaba todos los meses y que me leía hasta aprenderme de memoria.

Arrastraba a mi madre al acuario local cada vez que tenía oportunidad, a pesar de conocer todos los animales que residían en el mismo tan bien o incluso mejor que la palma de mi mano. Mi pasión por el mar era tal que, una vez, cuando tenía doce años, llevado por la curiosidad, me colé en un barco lleno de biólogos marinos que estaban investigando ballenas.

Mi madre solía llamarme «su pequeña sirena». A veces lo sigue haciendo, a pesar de que ya tengo veintitrés años. Decía que estaba convencida de que, en el fondo, era una sirena de verdad y que, cuando llegase la hora, me crecerían aletas y agallas y saltaría al mar para no volver jamás, que era una criatura del mar de la misma manera en la que lo eran las ballenas, los delfines y las tortugas.

Pero todo eso era antes.

Ahora, daría lo que fuera por olvidar todo lo que una vez memoricé y aprendí sobre el mar.

Hoy hace exactamente dos años desde la última vez que me sumergí entre las olas. Dos años desde que no me meto en el mar.

Entierro los pies en la arena de la playa y me abrazo las piernas. Queda una hora hasta que comience mi turno en el acuario, así que todavía tengo un rato libre antes de que empiece el día oficialmente.

Esta es mi hora favorita del día, justo cuando el sol acaba de salir y no hay mucha gente en la calle. El cielo está cubierto por algunas nubes y, por encima de las olas, un color naranja intenso se refleja sobre la superficie del mar. Si tuviera el móvil conmigo, sacaría decenas de fotos.

Para otra persona, este sería el inicio de un gran día. Para mí... bueno, es el inicio de *un día*, un día como otro cualquiera.

En unas horas, la playa se va a llenar de turistas y locales buscando refugio del calor penetrante de mediados de junio. Ahora, sin embargo, tengo la playa prácticamente para mí solo. Es mi forma de relajarme antes del caos del acuario, lleno de turistas y niños lloriqueando porque no pueden tocar los cristales de las peceras, a los cuales debo controlar.

Mi madre dice que este trabajo no es bueno para mí. Está convencida de que es una forma de torturarme a mí mismo, como la promesa que hice de no meterme en el mar nunca más. Utiliza la mínima oportunidad

para pedirme que vaya a la universidad como el resto de mis compañeros de instituto, con los que hace tiempo que no hablo. Insiste en que no debería trabajar, sino vivir mi vida, ir a clase y a fiestas en lugar de enseñar a desconocidos sobre la vida marina.

Al menos, esta es mejor que la alternativa.

Al menos, trabajando en el acuario, sigo teniendo la oportunidad de ver las criaturas que tanto me fascinaban cuando era pequeño.

De repente, una niña aparece delante de mí. Hace un segundo podría haber jurado que estaba solo en la playa, y ahora una pequeña criatura me mira con ojos grandes y oscuros y una sonrisa con la que enseña todos los dientes que tiene, y los que le faltan. Abro la boca, confundido, pero antes de que pueda decir cualquier palabra, aparece un hombre y la coge en brazos.

—No te acerques a ella —me dice, prácticamente escupiendo veneno.

Cierro la boca de golpe y trago saliva. El hombre se la lleva, no sin antes dedicarme una mirada de odio tan profunda que se me pone la piel de gallina.

Se podría decir que no tengo buena reputación en la isla.

—¡Tristán! —me llama mi madre desde casa, a varios metros de donde estoy sentado—. ¡Ven y ayúdame!

El día acaba de empezar.



Cuando llego al acuario tengo que empujar a madres, padres y niños pequeños para abrirme paso hasta la puerta del personal.

Al principio no era así. Cuando el acuario abrió, hace casi veinte años, no era más que un edificio cochambroso que un hombre, cuyo nombre no recuerdo, compró porque pensaba que podía sacar dinero fácil. No me sé todos los detalles, pero me cuesta creer que alguien pensase que llevar un acuario *era fácil*.

Apenas podía llamarse acuario: constaba de varios tanques y peceras sucias con animales que llamaban la atención lo suficiente como para atraer solo a turistas de paso en la isla y sin ningún conocimiento previo sobre el verdadero estado del acuario.

Las entradas, sin embargo, eran bastante baratas, así que mi madre aprovechaba y me llevaba de vez en cuando para saciar mi curiosidad sobre el mar. Por aquel entonces, era mi lugar favorito en el mundo. Para mi yo de seis años, ir al acuario era como sumergirme en lo más profundo del océano.

Además, al principio, el dueño ni siquiera se molestó en contratar guías que hablasen sobre los pocos animales que había, así que después de mi primera visita me pasé la noche en vela investigando sobre todas las criaturas que el acuario albergaba para saber más sobre ellas la próxima vez que fuera.

Yo tenía alrededor de doce años cuando Cassandra, la mejor amiga de mi madre, ganó la lotería y compró el acuario.

Mi madre y ella se conocen desde que eran pequeñas y, antes de adueñarse del acuario, Cassandra era la profesora de biología de mi instituto. Se podría decir que ella es la que me «enganchó» al mar. Me regalaba libros sobre animales marinos, revistas y ensayos no publicados; peluches de tiburones, y *posters* de tortugas y mantas raya. Incluso se ofreció a pagarme el curso de buceo cuando cumplí dieciséis años.

Cuando mi madre trabajaba y yo todavía era demasiado pequeño para estar solo en casa, Cassandra era la que me cuidaba. En lugar de cuentos para dormir, me hablaba sobre plancton bioluminiscente y microorganismos demasiado pequeños para ver con el ojo desnudo.

«Serás el mejor biólogo marino del mundo», me decía una y otra vez, cuando aún compartíamos el mismo sueño. Antes de ser profesora, Cassandra había querido ser bióloga marina.

Nada más enterarse de que era rica, vino a casa a decírnoslo a mi madre y a mí. Mi madre sugirió que se lo gastara en un viaje a alguna isla paradisíaca; yo fui quien le dio la idea de comprar y restaurar el acuario.

Nunca pensé que fuera a hacerme caso.

Al día siguiente dejó su trabajo en el instituto, y varias semanas después era la dueña de un acuario que dejaba mucho que desear. No obstante, bajo su supervisión, el acuario de Playa de las Arenas se ha convertido en uno de los mejores acuarios de toda Europa.

—Si no puedo ser bióloga marina —me susurró un día antes de cenar—, voy a traer el mar a mí.

Y eso hizo: medusas, anémonas, belugas, rayas, tortugas, caballitos de mar, cangrejos, focas, leones marinos y pulpos. Cassandra mandó arreglar las peceras ya existentes y construir docenas de tanques nuevos, y una vez ordenó todo el desorden, trajo el mar al acuario de Playa de las Arenas.

En apenas tres años, se convirtió en un acuario *de verdad*.

Hay una placa pequeña justo al lado de las puertas de entrada en la que se lee:

Gracias a Tristán Young por la idea. Sin ti, esto hoy no existiría.

Varias veces han cubierto mi nombre con pintura y Cassandra ha tenido que cambiar la placa tres veces en los últimos dos años porque alguien no paraba de rayarla con unas llaves.

Ahora Cassandra es mi jefa. Nunca pensé que fuera a dejarme trabajar en el acuario. Muchas veces ha dicho que soy como un hijo para ella, pero, por mucho que me quiera, sigo siendo poco popular en la isla. Temía que tenerme entre el personal haría que bajaran las visitas al acuario.

Pero resulta que es el trabajo perfecto: la mayoría de las personas que vienen a ver a los animales son turistas, y los turistas no me conocen de nada. Dentro del acuario, es como si fuera otra persona completamente distinta a la que soy en realidad.

No es el trabajo en el que me veía cuando era niño. Estaba muy, *muy* convencido de que sería biólogo marino, como me decía Cassandra, pero podría ser peor.

—Perdona —dice alguien a mi derecha. Al principio pienso que está hablando con otra persona, pero cuando me da golpecitos en el hombro me giro hacia la voz.

Es un chico bastante más alto que yo —aunque eso no es muy difícil— con la piel tostada y el pelo castaño, rizado y tan despeinado que parece que acaba de salir de un tornado. Lleva gafas redondas con montura plateada y un arito de color dorado colgando de la oreja izquierda. Tiene acento, aunque ahora no sabría decir de dónde. Cuando ve que tiene mi atención, sonrío.

—Tienes pinta de trabajar aquí.

Eso significa que no es de aquí. Si lo fuera, me hubiera reconocido.

—Eh, sí. ¿Te puedo ayudar?

—Creo que sí. ¿A qué hora abris?

—Ahí lo pone —digo, señalando el enorme cartel que está encima de las taquillas. Es imposible no ver los números que señalan el horario del acuario—. A las nueve en punto.

La sonrisa del chico se hace todavía más grande.

—Genial. Gracias, tío.

Me vuelve a dar unas palmaditas en el hombro, se gira y se pierde entre la multitud antes de que me dé tiempo a decir algo más. Sacudo

la cabeza y me sigo abriendo paso entre los turistas hasta que llego a una puerta que tiene estampado en letras grandes: SOLO PERSONAL AUTORIZADO.

La abro y me vuelvo rápido dentro del edificio. El ruido y las personas desaparecen detrás de mí una vez la cierro.